

PIO XII Y L

Intencionalmente hemos omitido el tratar en nuestra revista el caso del asendereado drama de Rolf Hochhuth *Der Stellvertreter* (El Vicario), en el que el joven dramaturgo alemán reprocha a Pío XII el haberse hecho responsable del asesinato de millones de judíos por haber callado ante las atrocidades de Hitler. Hoy, sin embargo, tras varios meses de retraso, ha llegado a las costas de nuestra gran prensa la resaca del escandaloso drama. Enérgica ha sido la repulsa de la opinión a la injusta acusación, y han sido los mismos judíos, juntamente con los que conocieron de más cerca a Pío XII, los que aduciendo pruebas convincentes, más reclamationemente han rechazado las gratuitas y calumniosas imputaciones de Hochhuth.

Por su enorme valor objetivo y la suma autoridad que la acompaña hemos escogido, entre la montaña de concienzudas reivindicaciones del eximio Pontífice, una carta que el cardenal Juan B. Montini, Arzobispo de Milán entonces, y hoy ocupando la sede de Pedro, envió a la redacción de varias importantes revistas mundiales, poco antes de ser elevado al Pontificado. Cuando llegó la carta a su destino el cardenal era ya S. S. Paulo VI. Transcribimos la carta de la revista inglesa *THE TABLET*, 29 de junio de 1963.

N. de la Redacción.

Querido Señor:

Me agradó sobremanera leer el artículo titulado "Pío XII y los judíos", que apareció en vuestro excelente periódico el 11 de mayo de 1963. Era la defensa más oportuna no sólo del Papa Pío XII, de venerable memoria, y de la Santa Sede, sino también de la verdad histórica y de la sana lógica, por no decir del sentido común.

No es mi intención ahora examinar la cuestión provocada por el autor y productor respectivamente del "Stellvertreter" (El Vicario), Rolf Hochhuth y Erwin Piscator: principalmente, si Pío XII tenía la obligación de condenar en forma pública y espectacular los masacres de los judíos durante la última guerra. Mucho se podría todavía haber dicho sobre este punto, aun después del clarísimo y convincentísimo artículo del 5 de abril en el *Osservatore Romano*.

En cuanto a la tesis del drama del señor Hochhuth —es decir, para citar la crítica de Mr. George Steiner en el Sunday Times del 5 de mayo, de que "Somos cómplices de todo lo que nos deja indiferentes"—, no guarda ninguna relación ni con la personalidad ni con la obra de Pío XII. Yo no puedo concebir cómo nadie puede imputar tal cargo (aunque sólo para hacerlo tema de una comedia) a un Pontífice, que pudiera haber declarado, si hubiera querido, con clara conciencia al mundo entero: "No se dejó de hacer ningún esfuerzo de nuestra parte, no dejó de probarse nada que una ansiosa solicitud pudiera sugerir, para prevenir los horrores de las deportaciones y destierros en masa; y cuando, a pesar de nuestras justas esperanzas, esto no dio resultado, hicimos todo lo que estaba de nuestra parte para mitigar, al menos, las crueldades de un estado de cosas impuesto por la fuerza bruta". Pero la historia —algo muy diferente de la ma-

OS JUDIOS

nipulación artificial de hechos para adaptarse a una idea preconcebida como vemos en el "Sellvertreter"—vindicará la conducta de Pío XII cuando la confronte con los criminales excesos del régimen nazi. La historia mostrará qué vigilante, persistente, desinteresada y animosa debe ser juzgada aquella conducta, cuando se la vea en el verdadero contexto, en las condiciones concretas de aquel tiempo.

En cuanto a mí creo que es mi deber contribuir a esclarecer y purificar el juicio de los hombres en la realidad histórica ahora en cuestión —tan distorsionada en la seudorealidad representacional del drama de Hochhuth—, señalando que el carácter que se le da en esta comedia a Pío XII (a juzgar por las críticas en la prensa) no representa al hombre como en realidad era. De hecho, lo mal representa totalmente. Y estoy en posición de afirmarlo, pues tuve la buena fortuna de estar muy en contacto con Pío XII durante su pontificado, sirviéndole diariamente, desde 1937 cuando él era aun Secretario de Estado, hasta 1954, a través, pues, de todo el período de la guerra mundial.

Es cierto que el fin preciso de mis actividades no incluía los asuntos exteriores (Negocios "extraordinarios", como se les llama en el lenguaje de la Curia romana); pero la bondad de Pío XII hacia mí personalmente, y la misma naturaleza de mi trabajo como "Sustituto" en la Secretaría de Estado, me dio acceso a la inteligencia, y aun podría añadir, al corazón de este gran Papa. La imagen de Pío XII que presenta Rochhuth, o dicen que presenta, es ciertamente falsa. Por ejemplo, es absolutamente falso el achacar cobardía a Pío XII. Su temperamento natural y la conciencia que tenía de la autoridad y de la misión confiadas a él hablan claramente contra tal acusación. Yo podría citar una multitud de hechos para rechazar este aserto, hechos que probarían que el exterior frágil y gentil de Pío XII, y el sostenido refinamiento y moderación de su lenguaje, ocultaban —si no revelaban más bien— un carácter noble y varonil, capaz de tomar muy firmes decisiones, y de adoptar, sin temor, posiciones, que arrastraban consigo riesgos considerables.

Ni es verdad que era un solitario sin corazón. Al contrario, era un hombre de exquisita sensibilidad y de las más delicadas simpatías humanas. Ciertamente que amó la soledad, y que su mente ricamente cultivada,

su desacostumbrada capacidad para pensar y estudiar le llevaron a evitar distracciones sin mayor utilidad, y todo género de recreos innecesarios. Pero era el total reverso de un hombre aislado de la vida e indiferente a las personas y a los hechos que sucedían en su alrededor. Más bien siempre estaba deseoso de ser informado de todo. Anhelaba adentrarse totalmente en la historia de su tiempo de aflicción, con un sentido profundo de ser él mismo parte de esta historia, y deseaba participar plenamente en ella, compartir sus sufrimientos en su propia alma y corazón. Permítame citar, a este respecto, las palabras de un testigo bien cualificado, Sir D'Arcy Osborne, Ministro británico ante la Santa Sede, quien cuando los alemanes ocuparon Roma, se vio obligado a confinarse en la Ciudad del Vaticano. En carta al The Times del 20 de mayo, dice Sir D'Arcy: "Pío XII era el carácter más cálidamente humano, bondadoso, generoso, simpático (e, incidentalmente, santo) que he tenido el privilegio de encontrar en el curso de una larga vida".

Asimismo, es falso el decir que la conducta de Pío XII se inspiró en un calculador oportunismo político. Y sería tan injusto —y calumnioso— el afirmar que su gobierno de la Iglesia estaba motivado por consideraciones de ventajas materiales.

En cuanto al haber omitido el tomar una posición de violenta oposición a Hitler en orden a salvar a aquellos millones de judíos sacrificados por los nazis, lo podrá entender fácilmente quien evite el engaño de Hochhuth de querer afirmar lo que se hubiera podido efectivamente y responsablemente, hacer en aquellas tremendas condiciones de la guerra y opresión nazis, por lo que se puede hacer en normales circunstancias, o en aquellas condiciones hipotéticas arbitrariamente inventadas por la imaginación de un joven dramaturgo. Una actitud de protesta y condenación, tal como la que achaca este joven al Papa de no haber adoptado, hubiera sido no sólo inútil sino perjudicial: aquí está el meollo de la cosa. La tesis del "Stellvertreter" implica una inadecuada comprensión de las realidades psicológicas, políticas e históricas. Claro que lo que al autor más le interesaba era escribir una pieza teatral interesante.

Supongamos que Pío XII hubiera hecho lo que Hochhuth le echa en cara de no hacer. Su acción hubiera conducido a tales represalias y devastaciones, que el mismo Hochhuth, una vez acabada la guerra, y en posesión de un mejor juicio histórico y moral, hubiera podido escribir un drama, mucho más realístico e interesante que el que ha dado a luz ahora tan inteligente e ineptamente a la vez: un drama acerca del "Stellvertreter" (El Vica-

rio) que, por exhibicionismo político o miopía psicológica, hubiera sido culpable de desencadenar sobre el ya atormentado mundo mayores calamidades aún, envolviendo a innumerables víctimas inocentes, quedándose él tranquilo.

Sería deseable que la imaginación creativa de autores dotados insuficientemente de discernimiento histórico (y posiblemente, Dios no lo quiera, de ordinaria integración humana) se abstuviera de meterse a la ligera en materias de esta índole, y con personajes históricos a los que algunos de nosotros hemos conocido.

En el presente caso el drama real, y la tragedia, no son lo que el autor se imagina que son; sino la del que pretende imputar a un Papa que era agudamente conocedor de sus propias obligaciones morales y de la realidad histórica —y de todas formas un lealísimo e imparcial amigo del pueblo alemán—, los horribles crímenes del nazismo germánico.

Digan lo que quieran algunos hombres, la reputación de Pío XII, como verdadero Vicario de Cristo, y como quien intentó llevar a cabo plena y valientemente hasta donde pudo la misión a él confiada, no podrá ser empañada. ¿Pero qué puede ganar el arte y la cultura cuando el teatro se presta a tamaña injusticia?

Con mis sinceros respetos,

*G. B. Cardenal Montini,
Arzobispo de Milán*

Como nota final y que refleja la indignación que la tesis encerrada en el drama de Hochhuth ha producido en Alemania citaremos el último párrafo de una severa crítica aparecida en la conienzuda revista de los jesuitas alemanes **STIMMEN DER ZEIT**, abril 1963, debida a la pluma del P. Oscar Simmel:

"El pueblo alemán no necesita que le oculten artísticamente y entre nieblas de la mirada las culpas reales de las atrocidades cometidas contra los judíos en su nombre. Esto sucede en esta pieza teatral, en la que a los únicos culpables, Hitler y sus cómplices, se ha querido añadir el Papa como compañero de culpa. Sólo podemos esperar que nadie en el mundo tome estas mentiras y calumnias como la verdadera opinión del pueblo alemán."